

era de ver lo que se había crecido don Elías, de cuyos labios y actitudes atrevidas parecía estar pendiente su interlocutor, como el zorro consabido de lo que soltara de su pico el cuervo de la fábula.

—¿Apostamos dos cuartos... ó lo que usted quiera—comenzó don Baltasar, guiñando los ojuelos, con la barbilla en la palma de la mano izquierda, el codo sobre el muslo y en la diestra la rastrilla, pinos arriba,—á que sé yo qué tesoro es ese que usted supone tan cerquita de nuestra casa?

—¿Apostamos—respondió don Elías, imitando cuanto pudo la postura, el gesto y hasta la voz de don Baltasar, y añadiendo por su cuenta una sonrisilla entre nerviosa y truhanesca,—apostamos los sesenta y dos mil reales del molino á que, aun suponiendo que sepa usted de qué tesoro se trata, porque apenas hay quien no le conozca de nombre, ni usted ni mortal viviente del globo terráqueo tiene las noticias que yo tengo de él?

—Pues si tantas noticias tiene usted de ese tesoro—dijo don Baltasar ganando un punto á don Elías,—¿en qué consiste que no le ha echado ya la zarpa?

—No quiere decir tanto como eso lo que yo le he dicho á usted, señor don Baltasar—replicó don Elías, tan valentón como antes.—Yo

le he dicho, y lo repito, que no hay sér viviente en el universo mundo que tenga mejores noticias que las que yo tengo sobre el particular de que tratamos. Podrán no ser estas noticias, sin dejar de valer lo que valen, lo suficiente para poner la mano encima de la cosa oculta; podrán ser más que sobradas para otra persona más firme que yo de voluntad, más codiciosa ó de mayores recursos, ó menos dispuesta á tumbarse con la carga al primer tropiezo del camino; pero valgan ó no valgan de la manera que digo, esas noticias que yo tengo, señor don Baltasar, son de tal arte y adquiridas de tal modo, que al hombre de más agallas le harían tiritar de asombro y le pondrían los pelos de punta, como me los pusieron á mí... y se me ponen ahora con sólo recordarlo...

Y no exageraba don Elías: mientras hablaba así, le echaban lumbre los ojos, y parecía que se le erizaban las barbas y los mechones grises de la cabeza.

—¡Pataratas!—exclamó entonces don Baltasar cambiando su postura por otra muy desdeñosa; pero con intención visible de herir el flanco de don Elías para que soltara el queso.

—¿Pataratas?—repitió el desapercibido médico, no cabiéndole ya en la silla y dispuesto á confundir al Berrugo con la prueba espeluznante de lo que afirmaba.

—Pataratas no más,—insistió el de la rastroja, volviendo á colgarse de ella con las dos manos y haciendo como que no daba un alfiler por cuanto pudiera referirle el otro.

—Pues vamos á verlo ahora mismo—concluyó don Elías, que casi se desnudaba de pura desazón que le producía la desdeñosa incredulidad del Berrugo.—Y entienda usted, señor don Baltasar, que esto que le voy á referir lo sabremos en el mundo usted y yo solos... ¡Y ojalá sea más activo, más perseverante y más afortunado que yo!

—Amén—dijo el Berrugo.—Y ahora, vengán esos espantos; pero por lo más derecho que usted pueda, porque se me van acabando los aguantes.

Don Elías no esperó la segunda provocación del Berrugo. Le brotaban las impaciencias por todas partes: por los ojos, en llamas; por los poros, en sudor. Como que el bendito estaba en sus glorias entonces. ¡Qué molino maquilero ya ni qué calabazas, ni qué se le daba á él por tener la casa llena de desventuras y de miserias, ni porque el seminarista de Lumiacos entrara en la casona de Robleces con estos propósitos ó con las otras miras? Confundir á aquel hombre tan duro de pelar, y además de confundirle, maravillarle: eso era lo que había que hacer en el mundo, y eso podía hacerlo él, y lo

iba á hacer en el acto. Tirando á dar de ese modo, dijo así, saboreando las palabras y encareciéndolas mucho:

—Hará cosa de ocho meses, bajé á Las Pozas á visitar al Lebrato, que se hallaba en cama desde la víspera. Tenía calentura y se quejaba de un dolor al costado. Le dispuse lo que me pareció conveniente, y al otro día ya le encontré sin novedad. Es duro el hombre ese y animoso como él solo. Con todo y con ello, no le dejé que se levantara por entonces, por temor de una recaída. Tomando pie de esto, y sobre si el que come de su trabajo no puede ni debe cuidar de la salud como los que tienen el riñón bien cubierto, hubimos de hablar largamente los dos; porque el Lebrato, como usted sabe, es hombre verboso y muy entretenido, y á mí me gusta oírle: tenía en aquella ocasión poco ó nada que hacer, y le fuí dando cuerda. Puede que usted sepa también que ese sujeto tiene la costumbre, cuando de riquezas se habla con él, de comparar las más grandes con *los tesoros del Pirata*: el caso es que aquel día volvió á sacar esos tesoros á cuento, como los ha sacado mil veces, y los sacan á cada paso muchas gentes de este lugar y de otros de la Ribera. Yo, que siempre lo he oído como quien oye llover y lo he tomado en el son que me lo cantaban, aquel día, séase por buscar un motivo más de con-

versación, ó porque las cosas vinieron dispuestas así por decreto misterioso, tuve la ocurrencia de preguntar al Lebrato qué tesoros eran esos que tan á menudo oía nombrar desde que me hallaba en Robleces. Entonces el preguntado me refirió lo que, por lo visto, es aquí versión corriente... y será eso que usted dice saber, con mucha ponderación, lo mismo que si supiera algo de fuste.

—Ya se irá viendo, señor don fanfarrias, lo que usted sabe, y ello nos dará el valor de lo que yo sé. Diga, diga por de pronto lo que le refirió el Lebrato.

—Nada en substancia, señor don Baltasar: que se sabe que en tiempos que casi se pierden de vista, había un pirata por estos mares que robaba hasta la saliva al sursuncorda; que como no tenía suelo en qué poner el pie sin la seguridad de que no le colgaran, mientras se iba redondeando á su gusto para campar por sus caudales donde quiera que se presentara— porque en esto de respetarse al ladrón de tesoros, los tiempos no han cambiado hasta la fecha cosa mayor,—escondía en un sitio de esta costa lo que pirateaba más lejos ó más cerca de ella; que esto acontecía en aquellas épocas en que venían de las Américas los barcos abarrotados de onzas de oro y de perlas preciosas, y que á la caza de estos barcos andaba el pira-

ta día y noche, con buena fortuna; que fuérase porque la mar se le tragara de por sí, ó porque se encontró con lo que merecía donde menos se lo esperaba, desapareció de repente y para *in sacula* de esta costa, dejando ocultos en ella los tesoros que había robado; que si estos tesoros están en cueva más ó menos escondida ó sepultados en tierra firme, no se sabe; pero que no hay quien dude que están en esta costa y que darían, por su gran valor, para comprar media España; y finalmente, que de esto no se duda, porque viene y ha venido la historia de boca en boca y de padres á hijos hasta la presente generación... Esto es, señor don Baltasar, lo que se sabe de público... y lo mismo que sabe usted; porque usted no sabe de ello una jota ni una tilde más.

—Ni usted tampoco,—respondió resueltamente don Baltasar dando un rastrillazo en las tablas.

Sonrióse convulso don Elías, y dijo:

—Ahora lo vamos á ver.

Se enjugó el sudor de la cara nuevamente con su pañuelo de yerbas, y continuó así, arriando un poco más su silla á la del Berrugo:

—Esta conversación la tuve yo al anochecer con el Lebrato; y cuando *me caminaba* hacia mi casa por el recuesto arriba, apenas distinguía la senda más que por su blancura. Aquel día,

señor don Baltasar, había sido uno de los más negros para mí, por el estado de la médica agravado por un encono repentino de sus humores, y el extremo en que nos tenían acorralados á todos las escaseces del hogar, por dificultades en la cobranza del tercio. Mala había sido la semana; pero aquel día fué, como le he dicho, de lo peor. Declárole así, porque bien pudiera haber tenido ello parte en que yo die-
ra tanta importancia como la que dí á la historia del Lebrato. Ello fué que subí al barrio pensando mucho en los tesoros enterrados ahí enfrente; que llegué á casa; que la casa me pareció un camposanto con los muertos sin enterrar; que comparé aquellas tristes miserias con las pompas del tesoro que yo llevaba en la cabeza; que la comparanza me echó el alma por los suelos, y que sin poderla levantar de allí y corriendo las horas entre los ayes de la enferma y el vocingleo de las hijas, me fuí á la cama... sin cenar bocado, porque no le había en casa, señor don Baltasar, ¿á qué negarlo? Tampoco niego que me acosté con hambre: nunca había andado más ni comido menos que aquel día. El hambre no es el mejor llamativo del sueño; y con este gusanillo en el estómago y la cabeza abarrotada de onzas de oro y de diamantes, de piratas ahorcados y de cuevas y peñascos de la costa, el corazón me golpeaba

allá dentro como un desesperado, y la piel me escocía como si me la ortigaran. Tumba de aquí y vira de allá, buscando posturas que siempre resultaban peores, el tiempo pasaba y yo no me dormía; la médica dejó de quejarse, como si se hubiera muerto; las hijas ya no chistaban; en el aire no se oía un mosquito; el silencio era el de las sepulturas, y la obscuridad, negra, negrísima, como yo no he visto otra en noche cerrada. Echéme, al fin, boca arriba, y púseme á hacer castillos con el tesoro. Ya era yo príncipe con carrozas, y andaban en mis palacios los jamones por los suelos y los chorizos á patadas... cuando, amigo, se abre la puerta de la alcoba... y entra por la abertura un rayo de luz que me envuelve toda la cabeza... y detrás del rayo de luz... la mano seca; y detrás de la mano seca... el cuerpo arre-
bujado en la sábana de siempre y con la cara al descubierto.

—¿El cuerpo de quién, hombre de Dios?— preguntó don Baltasar que se iba poniendo algo nervioso, quizá más que por oír á don Elías, por verle.

—¡El de mi hermana Dorotea!—respondió el médico, entre crispaturas de sus nervios.

—¿Y qué hermana es esa, que yo no conozco?

—Una hermana, señor don Baltasar, que iba para santa, si es que no lo era ya; que adoraba

en mí, y se nos murió de la noche á la mañana, en la flor de su hermosura, durante aquellos disgustos con motivo de la pérdida de los treinta millones de la familia...

—Enterado, enterado y siga usted adelante, —dijo aquí el Berrugo cortando la palabra al médico, con lengua, con manos y con ojos, y hasta con la rastrilla, temeroso de que volviera á echarse con la historia por aquellos derrotos.

—Una hermana que se me aparece muy á menudo, no solamente en la obscuridad de la noche, sino á la misma luz del día y cuando menos lo pienso, como vaya solo por el monte ó por alguno de estos callejos hondos. Siempre se me aparece envuelta en la misma sábana, y de noche nunca le falta la linterna. Las más de las veces se contenta con mirarme; y cuando me dice algo, nunca es cosa mayor. Yo tampoco la digo nada, porque no lo creo puesto en razón, vista su conducta conmigo. Señas son las que me hace, ¡mucha señal hasta que se va disolviendo poco á poco, como el humo con el viento.

Mucho era ya lo que sudaba don Elías, y muy estrecha le venía la ropa, á juzgar por los esfuerzos espasmódicos que hacía debajo de ella. Se detuvo unos instantes en su relato; volvió á limpiarse la cara con el pañuelo; y con

los alientos cobrados, continuó hablando así:

—En la noche que yo digo, se me acercó mandándome por señas que me tragara hasta los suspiros. Se aproximó hasta el borde de la cama. Yo nunca la había tenido tan cerca, y empecé á dar diente con diente; porque con la luz de aquella linterna, tras de cegarme los ojos, parecía caldearme la sesera. «¡Levántate!» me dijo; y yo, como si la voz fuera cordel que tirara de mí, levantéme y traté de vestirme. «¡Vente como estás!» me ordenó. Preguntéla entonces con los ojos, porque con la palabra no podía, que adónde y para qué. Me comprendió y me dijo: «Adonde yo te lleve.» Púsose en marcha, y yo la seguí, tal como estaba: descalzo y en ropas menores. La noche era de las frías de noviembre; pero yo no reparé en tan poca cosa. Las puertas se iban abriendo sin ruido delante de la fantasma, y yo la seguía paso por paso; y así salimos de la alcoba... y atravesamos la sala... y pasamos el carrejo... y bajamos la escalera... y nos encontramos en la calle. Entonces tomó la visión, por arrimadito á la setura de mi huerto, el camino de la llosa Grande, y yo me fuí detrás, sin mojarme los pies en las pozas de la calleja, que era lo que más me asombraba. Llegamos á la llosa; se puso la fantasma al asomo mismo de la ladera de hacia la ría... y me llamó... Acerqueme y me

dijo: «Vas á ver ahora el camino por donde se va á eso que te estaba quitando el sueño.» Lo decía por el tesoro: no podía ser por otra cosa.

Al llegar á este punto el relato, el Berrugo tenía los ojos clavados en los fulgurantes de don Elías, la boca entreabierta y el cuerpo muy arrimado al mango de la rastrilla.

—Y ¿qué sucedió entonces?—preguntó al médico, pareciéndole muy larga la pausa que había hecho el narrador para enjugarse otra vez la cara y dominar un poco las emociones que le tenían trémulo y erizado.

—Sucedió—dijo en seguida,—que la fantasma extendió el brazo hacia adelante, con la linterna en la mano; que el chorro de luz, que salía derecho... derecho, de ella, se fué alargando... alargando... alargando, y atravesó las praderas de abajo... después los camberones... después la sierra calva; y entró en la Ribera, y la atravesó también á lo ancho... y llegó á los coteros de la otra banda por donde se mete la ría para salir á la mar... y avanzó por encima del más chico... y trepó por el que le sigue... hasta encaramarse en el mismo lomo de la costa... Si avanzó más allá, yo no lo pude saber, porque la tierra se acaba allí, y el rayo de luz se estrellaba en el cielo que en aquel punto se junta con la tierra... ¡Y era lo más asombroso de todo esto, que cuanto el chorro

de luz iba tocando, se veía tan claramente como puedo ver yo ahora las rayas de la palma de la mano! ¡Así ví yo hasta los mismos peces de la ría!

—¿De modo que vería usted lo que tanto deseaba?—dijo el Berrugo, no sé si burlándose de don Elías ó queriendo aparentarlo.

—De eso no ví pizca, señor don Baltasar, ni verlo debía; porque lo que mi hermana me enseñaba, no era el tesoro, sino el camino por donde se llega hasta él.

—¡Valiente puñado son tres moscas! ¡Valiente real con ocho cuartos y medio!—exclamó entonces el Berrugo, visiblemente desencantado.—¡Y esos eran los tantos y los cuántos que usted sabía? Pero, hombre, ¿no se le ocurrió á usted siquiera averiguar un poco más?...

—¡Vaya si se me ocurrió!—dijo el otro visionario.—¡Y bien de preguntas y de ruegos hice á la fantasma! Pero ¡que si quieres! Se calló como una muerta; dióse la vuelta hacia acá; mandóme que la siguiera; y siguiéndola, me llevó hasta mi casa por el mismo camino y del propio modo que me había sacado de ella; me acompañó hasta la alcoba, y en cuanto me vió metido en la cama, apagó de un soplo la linterna... y hasta hoy.

—¡Pataratas, repito!—vociferó el Berrugo, dando otro rastrillazo en el suelo.—Todo eso,

con ser tan poco, es pura visión de un sueño con hambre, que es la casta de sueños más visionarios que hay.

—¡Le juro á usted que estaba tan despierto entonces como lo estamos ahora los dos, y que alboreaba ya el día cuando logré trasponerme un poco!

—Y estando usted en la cuenta de que eso que le pasó aquella noche no fué soñado, ¿cómo se explica que desde entonces acá no haya usted dado paso alguno por ese camino que vió?

—¿Y qué sabe usted si los he dado?

—¡Qué ha de dar usted, san simplaina! ¡qué ha de dar usted!

—¡Pues sí, señor, que los he dado! Sépase usted que aquel mismo día por la tarde, con la disculpa de que iba á tomar la barca para pasar á San Martín á visitar á un enfermo, seguí por toda la orilla de la Ribera hasta llegar al punto en que empezó la luz á dar en los coteros de allá; que seguí el camino que tenía yo bien marcado en la memoria, aunque con los rodeos obligados por las curvas que hace allí la ría, y que echando los pulmones por la boca, porque el viaje ese resulta mucho más largo de lo que parece á la vista desde la llosa, me planté en el mismo sitio en que se detuvo la luz. Allí me harté de registrar con los ojos cuanto había al alcance de ellos... ¡y nada! Debajo y á todo lo

largo, á derecha é izquierda, un puro peñascal, casi á pico, y un machaqueo de oleajes contra él, que metía miedo; cosa de un cuarto de legua mar adentro, un islote muy grande y muy descarado... y después las aguas sin fin. Rastreando bien el camino á la vuelta, no ví más que sierra pelada... Días después, y viendo que mi hermana no volvía á aparecérseme, consulté el caso con una adivina que llegó á la puerta de mi casa pidiendo una limosna. Confirmó lo que me había dicho la fantasma, pero no me añadió nada nuevo; antes al contrario, me dió á entender que ese tesoro «no sería desenterrado por mí.» Esto me desalentó mucho; y con ello y lo propenso que yo soy á echarme con la cruz de mis pobreza al primer tropezón, volvíme á mi molino, que es bien hacedero si hallo ayuda, y hasta me olvidé del tesoro; pero sin dejar de creer, como hoy creo con fe ciega, que el tesoro existe de toda verdad, y que está escondido en el islote, ó en la costa, ó en la sierra calva, dentro de la línea que marcó el chorro de luz; línea que, si usted quiere, le señalaré yo desde la llosa y en el punto mismo en que estuve con la fantasma. El que yo no me lleve, no es razón para que quiera privar de él á otro más afortunado... Esta es la historia—añadió don Elías después de una corta pausa.—Y ahora, con franqueza, señor don Baltasar:

usted no sabía, sobre ese tesoro, ni la mitad de lo que yo le he relatado.

—¡Bah!—exclamó el Berrugo en ademán y tono despreciativos, levantándose de la silla al mismo tiempo.—Como la ayuda que usted halle para labrar su molino sea de tanta substancia como las noticias que usted da para descubrir ese tesoro, ¡vaya unas maquiladas de hambre que va usted á cosechar!

—Y á propósito—dijo don Elías, levantándose también y mientras arrimaba á la pared su correspondiente silla,—¿en qué quedamos de eso?

—¿De qué?

—De los sesenta y dos mil reales.

—¿Los que había de anticiparle yo aceptando la preferencia que usted me daba y las condiciones que me expuso?

—Justo y cabal.

Don Baltasar cogió á don Elías por un brazo, muy suavemente; y encaminándose con él hacia la puerta, le dijo:

—Le prometo á usted que han de ser para construir ese molino, los primeros tres mil duros que yo desentierre con las noticias que usted acaba de darme.

—Estimando, señor don Baltasar,—contestó el bueno de don Elías, muy resentido y no poco cortado con la cínica burla del sujeto

aquél, que le llevó casi en vilo hasta la puerta de la escalera, donde le despidió con una palmadita en la espalda.

En el estragal se detuvo el médico un instante para limpiarse el sudor de la cara y del pescuezo, operación para la cual no le había dado arriba don Baltasar el tiempo necesario; y es cosa averiguada que mientras recorría con el pañuelo todos aquellos espacios ardorosos, formulaba el resumen de las impresiones que había sacado de la visita, en los siguientes términos:

—Verdaderamente es un lechón ese hombre.

Como es averiguado también que, al salir á la calleja, vió que por ella iba alejándose cierta mujeruca muy chismosa con la que echaba él á menudo largos párrafos; que se empeñó en alcanzarla, que hasta corrió para conseguirlo, y que, después de detenerla y de ponerse cara á cara los dos, la dijo con mucho misterio y jadeando:

—¡Sébase usted que resultó lo que yo me pensaba!... ¡Inés no traga á Marcones ni con jarabel!... ¡Lo sé de su misma boca!... ¡Me lo ha confesado ella misma!

